



Palabras cordiales



SIGUE, poeta, labrando tus versos
en la paz profunda del crepúsculo.
Rima tus emociones, eleva tu alma
sonora, desata el ala de tus pensa-
mientos.

Bajo la luz de las estrellas grato es sentir la caricia de los céfiros y la quejumbre de los surtidores. Piérdete en los boscajes oscuros donde vaga la quimera. Saluda las auroras y los pálidos ortos, hunde las pupilas en los ignotos ámbitos, mira serenamente la corola del sol.

La lira tiene músicas para todos los matices del dolor y del amor, palabras supremas que resumen la vasta visión de la vida. Dentro de ellas el corazón es una flor de sangre que da su perfume o deshoja fríamente sus pétalos. Hay que decir las canciones al diamantino fulgor meridiano, al misterio de la noche, al viento que pasa. Hay que poner una tenue bruma de plata sobre los áridos escarpes del sendero, cubriendo los abismos con una ligera telaraña azul; impulsando hacia los altos laudales de la gloria al taciturno ruiseñor que anida en nuestro espíritu.

Tañe el dulce instrumento con esa singular virtud de ilusión que crea el recóndito ritmo y puebla el alma de fantasmas errantes y el cerebro de constelaciones.

Y que cada cuerda exprese una arcana alegría o un nuevo dolor.

FROYLÁN TURCIOS.

Britania Máxima

¡Dieu et mon droit!

Un clamo que viene de las sempiternas nébulas
del norte,
donde un sol de gloria vierte floreciente sus
mágicos dardos,
tropel proceloso de una fascinante bárbara cohorte
que lleva en su escudo la heroica divisa de los
tres leopardos.

Nuevo sol que alumbra con sus duros rayos
cien generaciones
y ve en el misterio del tiempo como una floración
extraña
del antiguo culto surgir las modernas civilizaciones
al golpe rotundo del cetro glorioso de la Gran
Bretaña.

Los doctos varones de Oxford antaño prestaron te
ayuda,
y mientras tus hijos te daban por base sus hombros
gigantes,
fervorosamente bajo las arcadas de Westminster
muda
pedían el logro de tus altos fines los reyes orantes.

Fué un día en que el viento tronaba los mares
con sus bataholas,
aquél en que viste quedar la tormenta de tu aliento
esclava,
cuando se encontraron sobre el lomo henchido de
las verdes olas,
odio contra odio, Felipe el Sombrío e Isabel la
Brava.

Shakespeare, a tus plantas una hora solemne
ceñirá el coturno,
Milton en la noche llora las nostalgias de un cielo
perdido.
y envuelto en las sombras Oliverio Cromwell pasa
taciturno,
como si le hablase la trágica musa de *lady* al oído.

Y en un regio parque sobre un fulgurante plafón
de verdura,
la noble figura de Lord Byron fuerte, el divino
bardo,
digno cuatro veces de llevar sangrando sobre la
armadura
la cruz escarlata de los capitanes del primer
Ricardo.

Tus hombres de entonces sobre el mar trazaron
las rutas primeras,
hincharon sus lonas con el vasto orgullo de
olímpicas naves,
y bajo el silencio sideral, flotantes las rojas
banderas,
como una bandada de monstruos marinos pasaron
tus naves.

Y otra vez, dejando las ondas salobres del
sonoro piélago,
vibrante los pechos donde el triunfo enciende sus
sacros fulgores,
al son de clarines cruzaron las puertas del noble
archipiélago,
manchadas las sangres en sangre caudilla, pero
vencedores.

Sonoras las marchas poblaban los aires con su
algarabía
y el sol incendiaba los enguirnardados pendones
de guerra,
donde entre entusiasmos y aclamaciones la turba
leía
bajo un resonante temblor de campanas, un
¡hurra, Inglaterra!

Son ellos, los bravos, las fuertes columnas del
sajón criterio,
los que presenciaron, ardientes las almas en fuegos
patriotas,
el postrer flameo de los estandartes del vencido
Imperio,
y el ronco alarido que al caer lanzaron las águilas
rotas.

Hoy, bajo el silencio de la paz sus fastos
descansan rendidos,
plegadas las alas reposan un punto las nobles
victorias,
mientras los caudillos en sus guanteletes sostienen
ardidos
los áureos hachones que alumbran perennes tus
máximas glorias.

Y en tanto renuevas con épico alarde tu esfuerzo
fecundo,
para la gran Era se aprestan marciales tus fuertes
soldados,
los gestos de bronce de tus marineros recorren el
mundo
é imponen silencio con fiero prestigio tus
acorazados.

Bajo ellos florecen y duermen tranquilas tus
viejas ciudades,
bajo ellos al tiempo se impone imperioso tu orgullo
civil,
a su sombra ¡oh libre!—que la fuerza es madre de
las libertades—
en Londres, los muelles de hierro desatan tu ardor
mercantil.

¡Britania, Britania! Mientras tus ensueños de
ambición perfiles,
tus hijos laboran la nueva simiente de fruto
inmortal,
y, en la planetaria redondez clavadas las hoscas
pupilas,
miran ensancharse de oriente a occidente tu acción
colonial.

¡Y bien! Es tu lema el mismo que un día mi
España ostentara.
«Reina del planeta sobre cuyos pueblos no se oculta
el sol . . . »
¡Salve, oh vieja patria guerrera y artista, Britania
preclara!
¡Salve, raza nueva, terrible heredera del brazo
español!

TOMÁS MORALES.

La elegía del corazón

¡CORAZÓN! Por las leyes del idioma parece que con ese nombre se indicara algo así como una coraza de tan puro metal, que nos resguardara de las enristradas lanzas del Destino— invisible caballero del que sólo se siente el misterioso galope y la irrestañable herida.

Coraza, escudo, egida, peto de acero, íntimo blindaje, debiera ser. Y sin embargo, ¡nada más vulnerable, nada más susceptible de ser lacerado!

Podemos defender la pupila por el párpado alerta; podemos parar los golpes con la diestra, mas el corazón, ¿cómo defenderlo? Expuesto está al dolor, sin que logremos evitarlo: una palabra, una simple palabra, lo hace sangrar.

El corazón es así. Nada le es dado contemplar— como aquel soberano ciego y magnánimo que mandaba iluminar la ciudad feliz que nunca vió;— pero se regocija cuando ante los ojos la viva gracia de las cosas se desenvuelve. El corazón es así. Si nos sonríe la amada, se pone trémulo; si nos desdenea, él recoge la pena. El es el noble, el de las generosidades, el de los sacrificios, y nada reclama de la fiesta en que da el vino para todos los convidados.

Nosotros llenamos la copa, mientras él exprime sin cesar— para el gasto del brindis— las uvas del racimo dorado.

En la vida somos apenas los huéspedes de nuestro propio corazón.

* * *

Todo en nosotros puede holgar, reposar; pero él no. Cuando en el sueño todo duerme, él vigila por la vida de su señor, como un esclavo que nunca se cansa de ser fiel: se siente responsable del rojo tesoro que le ha sido confiado, y suavemente va haciendo deslizarse la corriente sagrada en el remanso sereno de la noche...

Cuando despierte su señor, o su dueña, el corazón cantará— a la hora misma de los pájaros— su canción fervorosa. Y si donde palpita es un pecho de mujer, dará el carmín necesario al rubor, o el escarlata que han menester los labios frescos; y si es en un pecho de varón donde se conmueve, dará gustoso lo que tiene para que lo vierta el héroe, o enviará sangre al pensamiento, para que lo escriba...

En él se encarna el prodigio. En él, obscura entraña que en la tiniebla habita, es donde está lo único que en nosotros responde al constante reclamo de la luz. Ritma él a compás del ritmo de los soles, y ajusta nuestra vida, instante por instante, como un verso, a las regulaciones de la infinita Armonía.

* * *

¡Corazón sin coraza que te cubra! Desnudo vas, como el ennegrecido marinero que trabaja en el fondo del buque alimentando la llama y avivando la brasa para que se retuerza la hélice, mientras sobre cubierta el viajero se siente poeta ante el blanco vuelo de las gaviotas, ante el vasto milagro azul del cielo, ante el oro del sol, ante la plata de la estela.

* * *

El corazón es así. Que goce su dueño, que cante y ame y odie: ¡él nada reclamará de la alegría! Pero cuando las pupilas le demanden una lágrima, el corazón trocará los rubíes de la sangre, y enviará a los ojos, en silencio, los diamantes urgentes al dolor.

Y así seguirá, vigilante como un esclavo leal. Cuando su dueño ya todo se lo haya pedido a la vida y todo se lo haya entregado a la muerte, entonces—¡hasta entonces!—en la frontera de la sombra que todo lo desaltera, el corazón, cansado tras el último ritmo, dejará de velar, y dormirá también, ya cuando nada necesite su pálido señor.

JUAN RAMÓN AVILÉS.



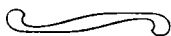
Rima

Breve fila de *cactus*,
como una mano que amenaza: ¡*Éspera!*,
es el humilde frontis
del cementerio agreste de la aldea.

En los vagos crepúsculos
filtran su luz las horas somnolientas,
por entre aquellos dedos
en actitud siniestra.

Al posarse la luna,
con amor, en la sierra,
una mano se alarga en el camino
que conduce a la aldea...

LINO ARGÜELLO.



El retrato de la Amada

(Traducción de Guillermo Valencia)-

¡Oh pintor excelente,
del arte dueño en la florida Rodas!
Para que pintes a mi ninfa ausente
vengo a contarte sus bellezas todas.

Sus fértiles cabellos
imiten los plumones de las aves,
y si la cera lo consiente, en ellos
de esencias pon los hálitos süaves.

Bajo la obscura mancha
de la melena undívaga y dispersa,
en grácil línea, de su frente ensancha
el ara ebúrnea, luminosa y tersa.

Porque la curva ceja
no se junte a su hermana ni se aparte
huyendo esquiva su gentil pareja,
con albo punto sus dominios parte.

La lumbre de sus ojos
luz de carbones encendidos sea:
imita los de Pallas sin enojos
y el húmedo mirar de Cíterea.

Deshoja en leve taza
de leche campesina, frescas rosas,
y mojado el pincel, su nariz traza
y de su faz las tintas ruborosas.

En su boca menuda
finja reclamamos tu inspirado toque:
incite al beso con palabra muda
y a desatar sus pétalos provoque.

De la garganta en torno
las gracias juguetonas revolando,
escuden con sus alas el contorno
del móvil cuello repulido y blando.

De su carne divina
muéstrenos tu pincel blanco destello,
que el ojo tras la púrpura adivina
el ágil talle inmaculado y bello.

Amor mi labio sella . . .
Escucha la esperanza que me enciende:
¡ya ven mis ojos la sin par doncella
que de tu claro lienzo se desprende!

ANACREONTE.



La terrible vejez

En la vejez extingúense las pasiones y los deseos unos tras otros. A medida que se nos hacen indiferentes los objetos de esas pasiones, embótase la sensibilidad, la fuerza de la imaginación se forma cada vez más débil, palidecen las imágenes, las impresiones no se adhieren, ya pasan sin dejar huellas, los días ruedan cada vez más rápidos, los acontecimientos pierden importancia y todo se decolora. El hombre abrumado de días se pasea tambaleándose o descansa en un rincón, no siendo ya más que una sombra, un fantasma de su ser pasado. Viene la muerte: ¿qué le queda aún por destruir? Un día la somnolencia se convierte en el último sueño.

ARTURO SCHOPENHAUER.

Los obreros

(Traducción de Rafael Pombo)

Todos son arquitectos del destino
que del tiempo en la fábrica trabajan:
unos en obras sólidas, grandiosas,
otros con rima de ornamento y gracia.

Nada hay vil; nada inútil; cada cosa
es la mejor cuando en su puesto se halla,
y la que ociosa ostentación parece
refuerza a las demás y las resguarda.

Materiales de sobra aporta el tiempo
para la obra que el mortal levanta;
los *hoys* y los *ayeres* son las piedras
que su mano obsequiosa le regala.

El hombre las modela. . . Entre una y otra
no deje espacios tu indolencia incauta;
y aunque no haya ojos para tí no pienses
que tales cosas a la vista escapan.

Del arte humano en los tempranos días
con infinito esmero se labraba
aun lo oculto y pequeño; que los dioses
doquiera están y la verdad no calla.

Toda y bien hecha hagamos nuestra obra,
la oculta y la visible; y formen ambas
la casa en que morar los dioses puedan:
casa completa, hermosa, y limpia, y clara.

Si no en la vasta fábrica del tiempo
verán tu vida extravagante y manca,
como rota escalera donde siempre
al ascender el pie tropieza y falla.

Haz pues, y desde hoy fuerte y segura
tu construcción con base firme y amplia;
suba fila por fila, día por día,
y airosa luzca en su lugar mañana.

Sólo así llegó el hombre a esas erguidas
torres donde se tiende a su mirada
como una gran llanura el universo
y un cielo inmenso a su alto fin lo llama.

HENRY W. LONGFELLOW.

El espiritismo

A la memoria de Paulina.

Ella me decía que cuando muriera saldríamos de la duda respecto a esa doctrina que tantos sectarios tiene. Desde los tiempos primitivos viene imperando en muchas filosofías, y modernamente se ha conquistado gran número de cerebros pensadores. Paulina. Así se llamaba la que fué mi mejor amiga allá en mis buenos tiempos, cuando el corazón latía bajo la aurora de los veinte años. ¡Cómo la recuerdo! Vive en mi memoria como un ángel blanco que mira tristemente, desde los ignotos paraísos, los tristes días de mis tormentos.

Una noche Paulina me hablaba del espiritismo, y yo me dejaba llevar como un niño por aquella fantasía luminosa y volandera.

—Mira, me decía, esos astros: ellos son águilas de luz, que llevan el espíritu por el inmenso camino del Ideal. Iremos juntos navegando con nuestra bandera blanca formada de sueños y esperanzas. Sí, déjate de filosofías corrosivas y bajas; no hay más verdad que el espiritismo. Oye, mi amigo, la cosa es bien sencilla: muere el cuerpo, pero el espíritu se levanta en vuelo sublime, buscando una atmósfera más pura, más radiante, para adaptarse en otra vida más alta y superior. Los sentidos se afinan, se despejan, y vemos el tiempo que rueda a nuestros pies con todos sus misterios y lamentos; seremos como dioses para esta pobre humanidad amasada de envidias y de rencores y encadenada a la región de las sombras por la cadena ardiente de los siete pecados; y después.

Y Paulina volaba y más volaba, hasta confundirse con el foco divino del Altísimo, donde se elabora la creación, donde tienen su asiento todos los ideales, todos los pensamientos, todas las esperanzas, todas las misericordias salvadoras.

Una tarde el sol nos miraba tristemente en sus últimas agonías, y me repetía Paulina que ella se iría muy pronto de esta tierra, perdida en los secretos infinitos; pero que volvería a convencerme de que la verdad es el espiritismo. Y se fué Paulina. Una noche me decía adiós con una mirada dolorosa y se dormía la luz en sus pupilas para amanecer en las regiones celestes en forma de una visión es-

piritual que se pierde en los cielos constelados y misteriosos. . . . I Paulina volvió Que fuera creación de mi fantasía, deseos infinitos de contemplar aquel perfil bellamente idílico, yo no sé; pero apareció a mis ojos entre las ondas plateadas de la luna, una noche que en ella pensaba dulcemente como una esperanza, como un consuelo para tantas amarguras en este sombrío valle de la ciudad doliente.

TIMOTEO MIRALDA.



La hora azul

El día con jadeante fatiga de labriego,
alborotado el rizo de su último arrebol,
segaba allá en la linde, que era un perfil de fuego,
sobre ulteriores campos sus gavillas de sol.

De este lado del mundo, pálidos abedules
delineaban la tarde cual si fuera un vergel;
y en el fondo, hacia tierras remotamente azules,
iba el silencio andando como un largo lebrel.

Iba el silencio andando, con su estrellada frente
oculta todavía tras de lo inmaterial;
mas ya en su pensamiento se azulaba hondamente
la inmensidad con una luz sobrenatural.

Y se azuló la hierba: y en un zafiro al monte
se le traslució el alma bajo su torvo añil,
y desleía el cándido cielo del horizonte
una azulina gota, como un lirio de abril.

Callaba el mundo, y desde la trémula distancia
donde un polvo de luna cierne el aire en su tul,
la noche, dilatándose en lánguida fragancia,
subía lentamente como un incienso azul.

LEOPOLDO LUGONES.

À LA GRACIA PRIMITIVA DE LAS ALDEANAS

Hambre y sed padezco: siempre me he negado
a satisfacerlas en los turbadores
gozos de ciudades - flores de pecado. —
Esta hambre de amores y esta sed de ensueño
que se satisfagan en el ignorado
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

Vasos de devoción, arcas piadosas
en que el amor jamás se contamina;
jarras cuyas paredes olorosas,
dan al agua frescura campesina . . .

Todo eso sois, muchachas cortijeras,
amigas del buen sol que os engalana,
que adivináis las cosas venideras
cual hacerlo pudiese una gitana.

Amo vuestros hechizos provincianos,
muchachas de los pueblos, y mi vida
gusta beber del agua contenida
en el hueco que forman vuestras manos.

Pláceme en los convites campesinos,
cuando la sombra juega en los manteles,
veros dar la locura de los vinos,
pan de alegría y ramo de claveles.

En el encanto de la humilde calle
sois a un tiempo, asomadas a la reja,
el son de esquilas, la alternada queja
de las palomas, y el olor del valle.

Buenas mozas: no abrigo más empeños
que oír vuestras canciones vespertinas,
llegando a confundirme en las esquinas
entre el grupo de novios lugareños.

Mi hambre de amores y mi sed de ensueño
que se satisfagan en el ignorado
grupo de doncellas de un lugar pequeño.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE.



SOL DE OCTUBRE



NO me gustas, crudo sol de verano, que bajas de los cielos incendiados como una cascada de metal fundido, y tuestas los céspedes y agotas los manantiales y los ríos, y esparces tus carbones rojos en las calles y en las plazas, y ciegas las pupilas, y quemas los labios y las gargantas.

De tí gustan las cigarras, que estridulan en las malezas agresivas, en las deslumbradoras soledades de los mediodías sin término; las lagartijas que corren rápidamente entre las hojas secas; las culebras, que se aletargan en las umbrías, cerca de las ciénagas; y las moscas tornasoles, que rondan sonoramente cerca de los animales que se pudren en los estercoleros, bajo tus llamas de hoguera.

No te amo tampoco, sol de la estación lluviosa, ve lado casi siempre por las nubes preñadas de agua, o asomándote tímidamente —después de los recios chaparrones— para ocultarte otra vez cuando la lluvia, tomando su enorme regadera, la vierte ruidosamente sobre los jardines celestes y las grandes montañas inmóviles.

A tí, amable sol de octubre, sí te quiero, porque bajas suavemente a la tierra, donde corren ya los primeros vientecillos otoñales, haciendo temblar a las gentes de tierra cálida y poniendo un estremecimiento en las aguas de las fuentes.

Esta mañana ví, entre dormido y despierto, que te asomabas al umbral de mi cuarto, después de haberte perdido, hace un año, en los boulevares de una gran ciudad. Un triste júbilo sentí en el corazón cuando me diste los buenos días, mirándome dulcemente con tus ojos verdes y sacudiendo tu abundosa cabellera de oro pálido. Esos *buenos días* me recordaban un pasado feliz, cuando, apenas salido de la adolescencia, tuve una novia, un ideal y un jardín de sueño. Mi novia es hoy, según me cuentan, una obesa madre de familia, porque tuvo a bien matrimoniarse con una especie de Sancho; mi ideal, que era una torre de marfil y oro, se vino al suelo estrepitosamente, minada por la maldad de los hombres; y, en mi jardín de sueño, tan hermoso y frondoso antes, hay ahora más cambroneras que rosas, más yerbas malignas que lirios.

Cuando salí a la calle, llenabas la ciudad con el triunfo de tu luz, dorando las cúpulas de los templos, poniendo flecos de oro en los balcones, tamizándote en los follajes de los jardines públicos. Y luego, poco a poco, te colaste en el fondo de mi corazón, llenándolo de una sana alegría de vivir, que hace mucho tiempo no conocía.

JUAN RAMÓN MOLINA.



A la distancia

Yo siento tu perfume
en mí, como un incienso,
cuando mi alma se sume
en tu alma, y en tí pienso.

Oigo la limpia plata
de tu hondo pensamiento,
como una serenata
de paz y de contento.

Mi soledad te mira
junto a mí, te presiente,
y a veces aun suspira
cuando besas mi frente.

Me amas y también te amo
cielo azul, tarde en calma:
tú vives como un ramo
de rosas en mi alma

ROBERTO BRENES MESÉN.



Mensaje

Flor de América, amada, a través del Atlántico,
vuelve a tí—mira el cielo—como un ave, mi cántico.
En sus alas te lleva un mensaje romántico.

¿Estarás, cuando llegue, de tu cofre escondido
releyendo las cartas con el pecho oprimido
y pensando en el novio a deshora partido?

¿Vas al campo? ¿Atraviesas en tu overo los prados?
¿Ves ordeñar? ¿Echaron a pacer los ganados?
¿Recentales y chivos triscan alborotados?

¿Cáen mangos de oro picados de azulejos?
¿Pasa nube estridente de pericos al lejos?
¿Los chupa-flores lanzan metálicos reflejos?

¿Deshojas margaritas? ¿En vago anhelo utópico
ves nevar los jazmines en el estanque hidrópico
durante la modorra de la siesta del trópico?

¿Escucharás, si es noche, que la turiara canta
como en árabe cuento; y como si la planta
tuviese una invisible, melódica garganta?

¿Te quedaste en la urbe? ¿Cruzas la calle a prisa?
¿Ensayas, al espejo, la gracia de tu risa
para el próximo baile o el salir de la misa?

¡Quién lo supiera todo: lo que ves, lo que piensas!
Pero el mensaje escucha: melancolías densas
ensombrecen mi alma. ¡Qué pueriles! ¡Qué intensas!

Temo que llegue un día cuando mi pensamiento
no vuele a tí más rápido que las alas del viento,
a arder, como un granito de mirra, en tu aposento.

Temo que llegue un día cuando ya no me turbe
tu paseo en el campo, tu baile de la urbe,
ni el ignorar la idea que tu cabeza curve.

Temo que llegue un día cuando mi corazón
¡oh, amada! te recuerde sin temblar de emoción,
e indiferente busque tu nombre en mi canción.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

Ciudad amada

Para ESFINGE.



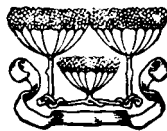
Uh SILENCIO de siglo XVI envuelve la ciudad de los tejados. Amada Tegucigalpa, con neblina en los cerros; el río que pasa arrastrando estrellas en la noche; y las calles lavadas por el aguacero que alborota las ranas burguesas. A instantes vibra el reloj vetusto y se prolonga al monorritmo del alcaraván que se azora cuando grita un borracho....

Los fanales eléctricos esfuman su vaguedad en la penumbra soñolienta, y parecen fantásticas las cosas, de claridad el ambiente, bordado en seda azul el río. ¡Cuántas veces, a la salida de los bailes, metido en el sobretodo familiar, el transeunte percibe en la quietud nocturna un cándido rumor de mandolinas que van calle abajo, hacia un balcón de lontananza, a buscar a la novia incógnita, a la Julieta ideal, la niña de los epitalamios!

Allá lejos, el cielo anticipa el resplandor del porvenir, la mañana que viene. Aquí en el corazón, la juventud canta el sal.no. ¡Cómo no querer estas calles en silencio, este río con aguas de ópalo y de luna, y este puente antiguo, desde donde se mira las montañas bárbaras!

Y vagar a la buena de Dios, hundiendo el alma en las estrellas, ya que la vida sólo es ilusión, y en el silencio exquisito de la noche perfuman las madre selvas, y la vieja casa, que de día es humilde y triste, parece a la luz de oro del ensueño un mágico alcázar de princesa porque en ella vive la primera novia....

RAFAEL HELIODORO VALLE.



EN TU REGAZO

Envejecido en el dolor, ya quiero
dormir en tu regazo, vega umbría,
do el Cali en sus murmullos repetía
canto de mi niñez y amor primero.

Sobre la verde falda del otero,
de naranjos cercad la tumba mía,
do arrullos se oigan al morir el día
y trisque y zumbe el colibrí pampero.

No pongáis los emblemas de la muerte
de mi vida futura en los umbrales.
Ni polvo fué ni en polvo se convierte

la esencia de los seres inmortales....
Ascender es amar, odio es caída,
y orbes sin fin la escala de la vida.

JORGE ISAACS.



Decoración heráldica

Soné que te encontrabas junto al muro
glacial donde termina la existencia,
paseando tu magnífica opulencia
de doloroso terciopelo obscuro.

Tu pie, decoro del marfil más puro,
hería, con satánica inclemencia,
las pobres almas, llenas de paciencia,
que aún se brindaban a tu amor perjuro.

Mi dulce amor que sigue sin sosiego,
igual que un triste corderito ciego,
la huella perfumada de tu sombra,

buscó el suplicio de tu regio yugo:
y bajo el raso de tu pie verdugo
puse mi esclavo corazón de alfombra.

JULIO HERRERA REISSIG.

La presta

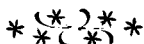
Corre por entre margen cenagosa
un arroyuelo sin bramar con saña,
puebla la orilla la flexible caña,
borda su margen la fragante rosa.

Como ninguna, mi guajira hermosa,
sobre una peña que la linfa baña,
contra los peces con furor se ensaña,
la mano presta, la mirada ansiosa.

Salta alegre por fin, y delirante
la cuerda tira con presteza suma,
saciar creyendo su traidor anhelo.

Y cuando fué a mirar el pez brillante,
que se agitaba en la ruidosa espuma,
halló mi corazón en el anzuelo.

JOAQUÍN LORENZO LUACES



La manicura

CON la Invernizio, que le muestra
en cada letra un hospital,
espera al cliente, la maestra
erudita y sentimental.

Trivial y joven, como el día
que se cuele por la ventana,
despereza su cirugía
en una mano lombrosiana.

Mano que tal vez extrangula,
dócil gancho de toda gula.
Y en un misterioso deseo

donde un pavor lejano asoma,
se enrosca un breve cosquilleo
sobre su cuello de paloma.

RAFAEL LÓPEZ.

Notas de amor



AY un dolor, una pesadumbre más bien, sin nombre, no clasificada; no la curan drogas, no la conocen médicos. Sin embargo, este siniestro mal no es cosa más peregrina que la extraña flor de Alemania, encanto y desesperación de una pobre loca, en el gentil poema de Sully Prudhomme. Es mal del tiempo por el cual florecen las rosas del alma; este mal se padece cuando canta la primavera en el corazón. Un día nos sorprende; nos invade; nos hace su presa: somos suyos. ¿Cómo? Lo ignoramos. ¿En el seno de cuál hermosa lucía la flor cuyo aroma nos enloquece? A veces no hemos visto a la hermosura; no hemos respirado la rosa. Empero, amamos. El río afluye, la linfa cristalina copia los primeros ojos que se inclinan sobre la corriente, en las márgenes hay uno como florecimiento mágico y se pone a cantar el ave azul de la ilusión, canto perfumado y turbador de la juventud.

Amor llena las almas como llena los aires la música de un himno; envuelve a los corazones como envuelve al oído la fragante nube de incienso; asciende hasta lo íntimo de los seres como Romeo al regazo tibio de Julieta; corona la juventud como el tenue hilo de cielo las blancas sienes de las madonas, en los grandes lienzos místicos.

Existe algo más doloroso que el amor, que el culto de un ser: la pasión de un fantasma. El alma reboza de una amargura desconocida; callamos; para nosotros no cantan los pájaros; ni ríen en copa de cristal los licores; ni sollozan los pianos; ni cuchillean las brisas; ni se mueren las ondas; ni aroman los rosales.

Sin embargo, en nuestros corazones hay dulzuras; lo que nos falta es el esparcimiento; un trino nos conmoviera; una gota de brandy bastaba a encender en nuestras almas mil luces de colores; la música vestiría de azul, a nuestros ojos, el éter de cielos imposibles; las brisas y las ondas, para nuestro regalo, mentirían leyendas de amores; el aroma sería el ensueño, el ensueño es la inspiración.

Somos la juventud, somos la poesía; la poesía, el perfume del Ideal; la juventud, ánfora llena de amor.

¡Amamos! ¿Qué? ¿A quién? No sabemos. E
Arte, el Ideal, ¿qué llena nuestras almas?

Vaciamos nuestras pesadumbres, nuestros entusiasmos, nuestras pasiones en la turquesa de una estrofa, y somos felices. Pero esta felicidad no es duradera

Soñamos mucho. No podemos acordar el ritmo de los corazones con la música de letras consonantes. Además, nunca queda toda el alma en el verso, presa como un pedazo de carne viva en un garfio. ¡El Ideal! La humanidad va en carrera vertiginosa tras de sí. No dista mucho de alcanzarlo; lo está haciendo; entonces él, como la blanca flor de los cuentos infantiles, arroja a sus espaldas un quimérico obstáculo que crece y crece. Si es grano de polvo se torna en bloque, en mole; si es alisio se trueca en bravo siroco; si es hilo de agua se hace mar; si es un jirón de sombra, se cambia en noche oscura.

El triunfo sobre el Ideal es como imposible o poco menos.

El Ideal es el ave fantástica cuyo vuelo no han podido parar flechas ni tiros. Con él no caben alevosías; ni sueños, ni armadijos: no cae.

Dejemos que el heroísmo de la constancia triunfe. Presumimos en embriaguez de la dificultad vencida. ¿En dónde están los labios sitibundos de amor, que sanen como un óleo las heridas purpúreas? ¿Dónde las manos que han de ceñirnos rosas? ¿En cuál seno florecerá la alegría? ¿Qué mejillas ha de encender el doloroso triunfo nuestro? ¿Quién nos ama?

Cruel dolor el amar cuando el Orgullo, nuestro olímpico orgullo de poetas, no dice a la Hermosura: aquí estoy, a tus pies.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



Corpus

Entrando por la calle de la fuente, de vuelta del huerto, las campanas, que ya habíamos oído tres veces, desde los arroyos, conmueven con su pregonera coronación de bronce, el blanco pueblecillo. Su repique voltea y voltea entre el chispeante y estruendoso subir de los cohetes y la chillona metalería de la música.

La calle, recién encalada y ribeteada de almagra, verde toda, vestida de chopos y juncias. Lucen las ventanas colgaduras de damasco granate, de seda amarilla, de celeste raso, y, en las casas en que hay luto, de lana cándida con cintas negras. Por las últimas casas, en la vuelta del Porche, aparece, tarda, la Cruz de los Espejos, que, entre los destellos del poniente, recoge ya la luz de los cirios rojos. Lentamente pasa la procesión. La bandera carmín y San Roque, patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca, y San Telmo, patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda, y San Isidro, patrón de los labradores, con su yuntita de bueyes, y más banderas de colores y más santos, y luego, Santa Ana, dando lección a la Virgen, y San José, pardo, y la Inmaculada, azul Al fin entre la guardia civil, la Custodia, ornada de espigas granadas y de esmeraldinas uvas agraces su calada platería, despaciosa en su nube celeste de incienso.

En la tarde que cae, se alza, claro, el latín andaluz de los salmos. El sol, ya rosa, quiebra su rayo bajo, que viene por la calle del Río, en la cargazón de oro de las viejas capas pluviales. Arriba, en derredor de la torre escarlata, sobre el ópalo terso de la hora serena de junio, las palomas tejen sus altas guirnaldas de nieve encendida.

JUAN R. JIMENEZ.



La religión de la alegría

Bien está que seamos austeros con nosotros mismos; mas no por eso empobrezcamos la vida. Sobre este particular no escuchemos lo que nos dicen los refinados en literatura de nuestros días; no privemos a la humanidad de sus goces: antes bien, gocemos viéndola gozar. El contento de los demás es gran parte del nuestro propio; constituye esa gran recompensa de la vida honrada: la alegría. Se me reprocha el haber predicado mucho esta religión, fácil en apariencia, pero en realidad la más difícil de todas. No todo el que quiere es alegre. Para eso se necesita ser de una vieja raza no hastiada; es preciso también contentarse con la propia vida. La mía ha sido lo que yo quería, lo que concebía como lo mejor. Si tuviese que vivirla de nuevo, no cambiaría en ella gran cosa.

ERNESTO RENÁN.

De un álbum

¿Qué quieres versos? ¡Vayan mis pobres versos!
Cuando los leas,
mis estrofas oscuras que nada dicen
tendrán las luces diáfanas de tus ideas.

Serán como una copa de espuma llena,
que si del sol un rayo tibio la baña,
forma un diamante fúlgido de cada átomo
en el champaña.

¿Para qué quieres versos, cuando en tí misma
encontrarás raudales de poesía?
¿Sabes mis opiniones sobre poemas?
Mejor es un buen cuento que una elegía,
y mejor que los cantos de vagos temas
una boca rosada que se sonría.

Mas quieres versos. ¡Vayan mis pobres versos!
Cuando los leas,
mis estrofas oscuras que nada dicen,
tendrán la lumbré diáfana de tus ideas.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.



Vida y Amor

El aire tenue y puro, el peligro próximo y el espíritu de una alegre maldad, son extremos que se compaginan perfectamente.

Quiero ver duendes en torno mío porque soy valeroso. El valor que desvanece los fantasmas, se crea sus propios duendes; el valor quiere tener alegría.

Yo no estoy en comunidad de ideas con vosotros: la nube que diviso debajo de mí, esa negrura y esa pesadez, de las que yo me río, en vuestra tormenta.

Vosotros miráis a lo alto cuando aspiráis a elevaros. Yo miro lo bajo porque estoy elevado.

¿Quién de vosotros puede reír y ser elevado al propio tiempo?

El que escala las más altas montañas se ríe de todas las tragedias de la vida.

Valientes despreocupados, burlones, violentos:
así nos quiere la sabiduría. Mujer al fin, sólo pue-
de añar a un guerrero

Vosotros me decís: la vida es difícil de sobre-
llevar, Pero entonces, ¿por qué vuestra resolución
de la mañana se trueca en sumisión por la noche?

La vida es difícil, en efecto; pero no por eso
debéis ponerlos tan apesadumbrados. Todos somos
asnos cargados de fardos.

¿Qué tenemos de común con el capullo de la ro-
sa que tiembla porque la oprime una gota de rocío?

Ciertamente, amamos la vida, no porque esta-
mos habituados a la vida, sino al amor. Siempre hay
algo de locura en el amor. Pero siempre hay no
poco de razón en la locura.

FEDERICO NIETZSGHE.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 50

La rosa, Kazimiers-Przerwa-Tetmajer. — *Volviendo a ver*, Gabriela Mistral. — *Azul*, Arturo Graf. — *De la Vida*. — *Lluvia matinal*, Froylán Turcios. — *El Predeterminado*, Salvador Díaz Mirón. — *Marzo*, Kratochvíl y el Rey Kostelín, Leo D'Orfer. — *El León*, Catalle Mendes. — *El cigar*, Enrique Ibsen. — *Eterno capitalismo*, J. Muñoz San Román. — *El jardín*, Juan Ramón Molina. — *La Crucifixión*, James Montgomery. — *El crepúsculo del martirio*, Julio Herrera Reissig. — *El amor*, Manuel González Prada. — *Los romances*, José Martínez Ruiz. — *Los perros sin nombre*, Alberto Velásquez. — *Chanson sur un theme chinois*, Jules Tallier. — *Grandes de odio*, Ramón Hurtado. — *Uda y Fuentes*, Rafael Heliodoro Vallo. — *Corazón adentro*, Rufino Blanco-Fombona. — *Palabra y silencio*, Juan Zorrilla de San Martín. — *Rudyard Kipling*, José Santos Chocano. — *Prozas bárbaras*, Eca de Queiroz. — *Busca en todas las cosas*, Enrique González Martínez. — *La verdad de la vida*, Arturo Schopenhauer. — *Aur d'été*, ruse Albert Samain. — *Las ventanas*, Carlos Baudelaire. — *Sumarios de ESFINGE*

NUMERO 51

La historia de Juan de Flores, José Enrique Rodó. — *Una griega*, Cornelio Hispano. — *Paz empoderada*, César Pavía. — *Elogio de la palabra*, — *La cura clara*, Juan Maragall. — *El espíritu*, Gabriela Mistral. — *¿Quién sabe?*, José Santos Chocano. — *Alma selecta*. — *La única tierra*, Froylán Turcios. — *El milagro*, Amado Nervo. — *Explicación*, José Domingo Tejera. — *A un cantor*. — *Cantico*, Leopoldo de la Rosa. — *Pierrot*, Paul Verlaine. — *Las grullas*, Kazimiers-Przerwa Tetmajer. — *Tránsito*, Rafael Lasso de la Vega. — *La nostalgia de Monótono*, Rafael Heliodoro Vallo. — *La dama*, Manuel Magallanes Mouré. — *Angel que me cuidas*, Luis Andrés Zúñiga. — *La madre que no duerme*, Ezequiel Martínez Estrada. — *La golondrina*, John Ruskin. — *Mañana los poetas*, Enrique González Martínez. — *Sombra de tu sombra*, Fabio Filio. — *Hablan los espejos en ruinas*, Manuel Guerra-Irujo. — *Nocturno*, E. Carrero. — *Sea poeta*, Georges Bontelleau. — *El pasado*, Edmond van Olev. — *Nocua ida*, Salvador Escudero. — *Humos de amor*, Ricardo León. — *Prá...*, Emiliano Hernández. — *Ben Adhem y el ángel*, Liegh Hunt. — *A la entera de una joven*, Lebiez.